LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 7 DE ENERO DE 1889 — NUM. 367



UN NEGOCIO IMPORTANTE, cuadro de Brozik, grabado por Baude, (Salón de 1888)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN NEGOCIO IMPORTANTE, cuadro de Brozik

El artista ha resuelto el problema de la variedad de la expresión en la unidad del sentimiento. En esa tertulia de compadres una misma idea domina á los cuatro personajes; esa idea es el interés del negocio, pero influyendo de manera distinta en cada uno de los tertulianos, desde algo más que simple curiosidad hasta pronunciada codicia. Escena de carácter íntimo, hállase realzada por una dosis de naturalismo tan en su punto, que ni puede acusarse al autor de llaneza sobrada, ni ha exagerado la parte ideal de toda obra pictórica más allá de lo que permite un cuadro de género.

GUSTAVO EIFFEL y la torre de 300 metros

Refieren los libros Sagrados que la soberbia de los hombres les indujo á construir una torre tan elevada que su cima debía penetrar en el cielo. Pero como la soberbia infunde audacia, mas no ciencia, la Torre de Babel fué testimonio de la impotencia de sus constructores. Menos pretencioso que los antiguos pobladores de la Mesopotamia, un ingeniero francés, apenas se proyecta la Exposición de 1889, concibe la construcción de un monumento, el más elevado de que existe ejemplo ó memoria, y si el mundo entero se preocupa del gran certamen que durante el presente año ha de tener lugar en París, la idea de la torre Eiffel se hace inseparable de la Exposición Universal.

Asombrados los grandes técnicos de todos los países, se echan á discurrir acerca de la posibilidad de construir un monumento metálico de 300 metros de elevación, y mientras los sabios discuten, Eiffel trabaja en su obra.

El problema se halla resuelto. ¿Quién es su autor? Gustavo Eiffel, un hombre que ya pertenece á la posteridad, el gran cíclope del siglo del hierro y del acero, un ingeniero que concibe con la audacia del norte-americano, calcula con la sangre fría del inglés y ejecuta con el buen gusto característico de los hijos de Francia. Nació en Dijon en 1832, y á los 23 años le fué expedido su título profesional por la Escuela Central de Artes y Manufacturas. Desde ese momento parece que se propuso suprimir la palabra *imposible* en los trabajos de ingeniería: Eiffel necesita que le den tan sólo hierro y talleres; lo demás corre de su cargo. El lanzamiento de puentes metálicos sobre pilas rectas le debe procedimientos tan especialmente suyos que en Garabit, por ejemplo, pasa un viaducto aéreo de una sola pieza de 122 metros de altura por 162 de luz. Á él se debe lo que pudiéramos llamar colosal osamenta de la estatua de la Libertad iluminando el mundo erigida en Nueva-York, la fachada principal de la Exposición de 1878, las gigantescas esclusas que comunican el Atlántico con el Pacífico en el Canal de Panamá y la gran cúpula giratoria y flotante del Observatorio de Niza que funciona al débil impulso de la mano de un niño, pesando no menos de 100,000 kilogramos.

El grabado en que aparece la famosa torre junto á los monumentos más elevados del mundo, permite formarse idea de la ya célebre construcción de Eiffel. Honrando á su patria y honrándose á sí mismo el ilustre ingeniero, con esa calma intrépida que nunca le abandona y de la cual es muestra la dulce sonrisa que vaga siempre en sus labios, monta, ensambla y ajusta los *seis y medio millones* de kilogramos de hierro que entrarán en la torre del Centenario. A su término quedará comprobada la victoria del metal sobre los elementos y del genio sobre las fuerzas de la naturaleza.

SALA DE ARMAS
cuadro de Salvador Sanchez Barbudo

El autor de este cuadro, distinguido artista de la colonia española en Roma, es un pintor de historia que no pinta asuntos históricos. Lo que le seduce, lo que le inspira, no son los acontecimientos sino las costumbres; produce cuadros de género, pero siempre volviendo los ojos al pasado y ajustándose absolutamente á época. En la *Sala de armas* se remonta al siglo XVI y agrupa una porción de tiradores, aventureros todos ellos, soldados de las guerras del imperio, procedentes de opuestos bandos y en disposición de servir al príncipe que mejor pague.

La escena está llena de movimiento; los tipos son sumamente variados y las actitudes académicas, simulando combates parciales que con suma facilidad pueden degenerar en verdaderos duelos, dado el temperamento de esos hombres y la verdadera pasión con que se entregan al ejercicio de las armas. La serena figura del maestro contrasta con la de los tiradores, no siendo menos notable la del veterano que, imposibilitado de tomar parte activa en el asalto, sigue sus peripecias con la atención del hombre inteligente. Tiene este cuadro verdadero sabor de época y condiciones de factura que recuerdan á los maestros clásicos.

EL PASEO DE LA CONSULESA
cuadro de J. M. Bredt

(Exposición artística de Munich)

Lejos de su patria, separada de su familia y amigos, dirígese á la playa la esposa del cónsul, con numeroso séquito que la aburre tanto ó más que la sirve. Síguenla de cerca dos esclavas sudanesas, una de ellas niñera, y otra esclava árabe, provistas de tapiz, mesita y refrigerio; cerrando la comitiva los dos indispensables kavasses, encargados de alejar á los mendigos y demás encuentros molestos. La escena tiene lugar en las afueras de Túnez, á la tenue claridad del sol poniente, á la hora aquella en que la brisa templa la horrible temperatura del día africano. Todo en ese momento invita á la meditación, y la joven consulesa dirige el pensamiento lejos de aquel sitio: la nostalgia hace presa en su corazón sensible, y esa afección constituye la nota dominante del cuadro de Bredt.

EL JARDIN DE LOS RECUERDOS
dibujo de Davidson Knowles

La intención del autor se pasa de poética, pero algo debe concederse á la idealidad del pensamiento generador cuando quiere producirse un tipo por todos conceptos ideal. El dibujo de Davidson representa á la joven de purísimos sentimientos, probablemente dominada por el amor primero, amor inmaculado en que se piensa sin que el carmín del rubor suba á la mejilla. Los dibujantes ingleses no tienen rival en la reproduccion de esos tipos; y ello debiera bastar para que muchos rectificaran el concepto que tienen formado de las hijas de Albión, que si en algo se diferencian de las demás mujeres es en que pocas de éstas igualan su belleza.

EN LA VENTANA, cuadro de Domingo Morelli

Nuestros favorecedores conocen distintas obras del autor de este lienzo, tenido actualmente por uno de los primeros pintores de Italia. Dotado de un talento verdaderamente excepcional y de una fuerza de ejecución que se atempera de perfecto modo á la voluntad del artista, es uno de los pocos que pueden acometer asuntos tan peligrosos como el de este cuadro, seguro de contenerse en el punto preciso para no resultar inconveniente. Porque esa mujer, harto gráficamente lo demuestra su semblante, es la infeliz criatura predestinada á la brutalidad de las pasiones desenfrenadas; en sus facciones se lee toda una historia triste, muy triste, en ellas son de ver las señales indelebles del amor impuro y del placer que engendra el remordimiento. Página horrible del *album* de un artista, Morelli ha pintado á esa mujer, lanzándola en seguida al cieno de una existencia cuyo epílogo tiene lugar fatalmente en una mesa de disección.

PUENTE METÁLICO EN CONSTRUCCIÓN
en el golfo de Forth (Escocia)

Este puente y la torre Eiffel son las dos obras metálicas de mayor importancia que se hayan proyectado y llevado á la práctica hasta nuestros tiempos. Su emplazamiento es algo al Norte de Edimburgo y está destinado á ser cruzado por los trenes del *North British railroaw*, ferrocarril que enlaza á Inglaterra con Escocia.

Cierta estrechez relativa del estuario ó ensenada de Forth, partido en dos secciones por un islote, ha permitido reducir la extensión de la obra de una manera notable; á pesar de lo cual la longitud del puente no es menor de 2,460 metros. Pero en razón de la gran profundidad de la corriente, que en este sitio es de un promedio de 60 metros, los autores del proyecto han adoptado para cada uno de los dos tramos centrales la enorme longitud de 580 metros de eje á eje de las pilas, es decir cerca del triple de los mayores tramos hasta aquí conocidos. Hay, además, otros dos tramos de 230 metros y quince de 50.

Los dos tramos principales dejan un paso libre de 50 metros sobre el nivel de las aguas más altas. Esos tramos están formados por una jácena colosal sostenida por tres gigantescas pilas, situadas una en cada extremo y la tercera en el islote central. La altura máxima de esas pilas es de 110 metros sobre las mayores aguas, y su cimentación alcanza á 27 por debajo de ese nivel. Cada pila está formada por un grupo de cuatro columnas de granito de 15 metros de diámetro y 11 de altura, sentadas bien en roca firme, bien en inmensos cajones de aire comprimido, de 22 metros de diámetro, sepultados en el fondo del mar.

No se ha empleado en esta obra otro metal que el acero en cantidad de cincuenta y tres mil toneladas, con más de cien mil metros cúbicos de mampostería y aglomerados de cal, arena y grava. Este trabajo titánico empezó en 1883 y hoy por hoy pueden darse como resueltas todas sus dificultades. Para formarse idea de las proporciones de ese puente, téngase en cuenta que los buques representados en nuestro grabado para servir de puntos de comparación corresponden á embarcaciones del mayor tonelaje conocido.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CONSEJO DE GUERRA
celebrado por el Príncipe de Orange después de haber desembarcado en Inglaterra

cuadro de Glindoni

El 5 de noviembre de 1688, Guillermo de Orange, favorecido por la calma que reinaba en el mar, impidiendo las maniobras de la flota que mandaba Lord Dartmouth, encargado de su persecución, tomó tierra en Torbay, donde hoy día se encuentra el famoso muelle de Brisam. Apenas se hubo verificado el desembarque de la gente, caballos y pertrechos, levantóse terrible galerna del Oeste que obligó á la escuadra enemiga á buscar refugio en el puerto de Portsmouth. La casa de Orange debió principalmente su triunfo á que el mar parecía haber abrazado su causa. Una vez en tierra, recorrió el príncipe el país acompañado del general Schomberg; después de lo cual y en una choza junto á la playa, se celebró Consejo de guerra, con asistencia además del coronel Mackay que mandaba las tropas inglesas, el almirante Herbert, Bentinch el fiel amigo del príncipe, y el obispo Burner su capellán. Tal es la escena representada por Glindoni en el cuadro que publicamos en nuestro *Suplemento artístico* y que recomendamos muy eficazmente.

SUBMARINOS Y OTRAS HIERBAS

(BOCETO MARÍTIMO)

Digamos «Alá es grande», con el Profeta, ó si nuestras creencias religiosas se oponen terminantemente á que ni por un momento estemos conformes con el indicado Mahoma, hijo de Abdala, que se sepa, y de otra, exclamemos «Dios sobre todo», con otros profetas más modernos y adaptables á todas las opiniones. La cuestión es encomendarse al ser más supremo posible antes de tocar ni siquiera un pelo de la ropa, de la funda en que pudiera estar metido, á este bélico, terrible mecanismo que, hoy por hoy, sólo pretende hacer añicos los pocos buques que dejen enteros los torpedos y matar á los cinco ó seis marinos que por casualidad feliz escapen, si es que escapan, de la artillería rápida y de la lenta y de las voladuras y de los demonios coronados que ya por todas partes les amenazan.

Nos queda disponible el recurso de no tomar la cosa en serio pensando que gozan de buena salud casi todos los acorazados que iban á echar á pique los torpedos, aquellos torpedos que á su aparición y antes, se iban á comer los niños crudos, y pensando, principalmente, en que para morir de mala manera siempre hay tiempo y que es impropio de personas cuerdas adelantar los acontecimientos cuando éstos, si cumplen lo que prometen, no traen nada bueno.

Para mí fué un sabio el incógnito ascendiente en línea poética de Campoamor que hizo una copla que es una *humorada* ó una *humorada* que era una copla, que oí yo siendo niño y la recordaré aunque me muera de viejo, lo que no es probable; dice así:

> Cada vez que considero
> que me tengo que morir,
> tiendo la capa en el suelo
> y me harto de dormir.

Pero ya que ahora no nos deja ni dormir el formidable estruendo que se ha armado en todo el mundo con motivo de los submarinos porque se ha recrudecido esta antiquísima cantinela, queriendo cada país tener el suyo y el mejor; que hasta los suecos han dejado de hacerse los ídem para entusiasmarse con su paisano Nordenfelt, autor de un buque de esa clase, no durmamos, pero considerando, de todos modos, que *morire habemus*, aprovechemos el rato para platicar un poco no sobre, – guarda, que es podenco, – sino acerca del truculento aparato, que así si no nos coge confesados, nos cogerá, yo confío en ello, más tranquilos. Suponiendo que nos coja.

Conste, porque me conviene hacerlo constar, que al escribir este artículo ni pretendo echar jarros de agua fría sobre las personas ni me propongo empañar el brillo de las cosas: en cuanto á lo primero, sé que la gente pensadora, que es la que me interesa, pues de los impresionistas me río yo, vive en perpetuo invierno y que cuando se entusiasma, porque hay motivo, ni un Niágara *frappé* la entibia; y en orden á lo segundo, diré que todos los alientos del mundo no bastan para empañar por mucho tiempo el platino ni un brillante: se empaña el similor. Conste así, pues, y la verdad por delante; yo por mi parte ni inventaré nada en lo que escriba ni aventuraré una palabra sobre el porvenir. Entren todos y salga el que pueda.

Estos buques, que con más propiedad que submarinos debieran ser llamados buceadores ó autosumergibles, pues bucear es en puridad lo que hacen y sumergirse á voluntad, *in partibus* por ahora, es la única gracia que los distingue, tienen un origen remoto que no aseguraré que «se pierda en la noche de los tiempos» porque todavía no he logrado averiguar el significado de esa frase, ni si tiene alguno, aunque la he visto empleada por personas bastante formales; lo que sí afirmaré es que «se encuentra», el origen aquel, entre las nieblas del Támesis que á las veces hacen noche del día; allí, en efecto, á principios del siglo XVII, durante el reinado de Jacobo, primero como tal Jacobo y como Estuardo real de Inglaterra, fué botado al agua por el holandés Drebbell, que lo había inventado, el buque buceador más antiguo de que tengo noticia, el padre universal de todo submarino como Zapirón, el gato blanco y rubio de Lope de Vega, ó de quien sea la Gatomaquia fué el padre universal de todo gato.

El buque, naturalmente, no hizo nada de particular, en lo cual, y en buena hora lo digamos, se han parecido a padre todos los infinitos hijos que le han ido saliendo aunque por aquel tiempo no faltó quien atribuyera el fracaso del invento y que no sirviera para matar gente, no á desgracia de familia sino á que no lo protegió el rey, el *dastardly* ó tímido Jacobo, quien quizá entonces estuviera escribiendo su curioso *treatise* contra el uso del tabaco y aquí es de razón notar la gran ventaja que tienen los reyes actuales sobre los antiguos: hoy si un rey protege un invento útil, eso va ganando, pero si no le da la real gana de protegerlo, nadie le atribuye el fracaso por la sencilla razón de que el invento prospera como si tal cosa. Verdad es que entonces ocurría también algo de esc... digan lo que quieran los eternos enemigos de las instituciones monárquicas, pues ya hemos visto que el buen Jacobo escribió un tratado contra el uso del tabaco, además de prender á Rawlegh, el importador de la pipa en sus dominios, y sabido es que al poco tiempo fumaban, ó por lo menos adoraban el polvo (snuff), hasta las *misses* más pudibundas de Inglaterra.

En eso quedaron las cosas, en Drebbell, hasta 1774 en que les ocurrió á un inglés y á un americano, Day y Bushnell respectivamente, inventar casi al mismo tiempo un submarinito cada uno, y dicho y hecho: el primero en Plymouth y el segundo en Westbrook (estado del Maine, sobre el Atlántico), se echaron al agua con muy distinto éxito por cierto, pues mientras que Day hizo *patay*, como dicen en Filipinas, ó lo que es igual, murió, Bushnell permaneció sumergido media hora, hizo otras habilidades, aunque ninguna proeza, y acabó su historia, pero dejando establecidos los principios á que muchos años después, cuando se volvió á dar en la flor de los submarinos, acudirían los inventores.

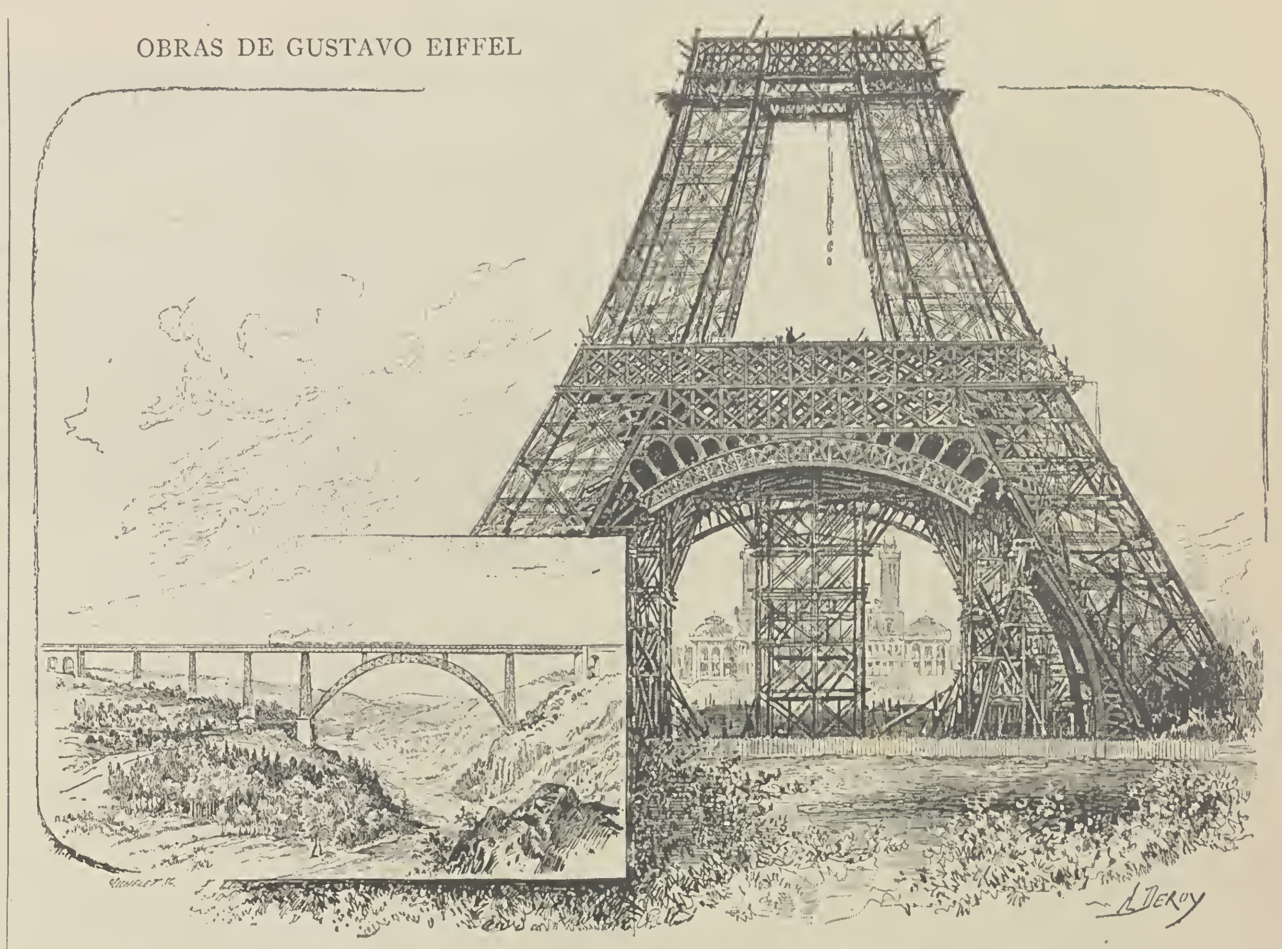
Fulton, el famoso Fulton, el Edison del vapor, tuvo también sus veleidades submarinas y fué el primero que siguió á Bushnell en la lista de aquéllos, pero muchos años más tarde, en 1801; hallábase á la sazón en Francia el futuro inventor del buque de vapor y expuso al general Bonaparte, que era ya primer cónsul, el plan de un submarino cuyo objeto sería aniquilar, como quien no dice nada, á los ingleses: en efecto; ni los aniquiló ni ese es el camino, pero con el *Nautilus*, que así le llamó, ya hizo algo de particular sumergiéndose dentro de él con dos hombres más, con cuatro dicen otros autores, permaneciendo cinco horas debajo del agua en la rada de Brest y anduvo por allí durante cuatro en una dirección prefijada; colocó un torpedo, cargado con 100 libras de pólvora, en los fondos de un buque y lo voló en presencia del almirante Villarez y otros pájaros gordos, pero... una comisión de sabios, sí señor, sabios, nombrada para examinar el invento, negó á Fulton los auxilios que soli-

citaba para continuar su tarea y lo mismo le sucedió con otros sabios en Inglaterra y en América, viéndose entonces obligado á descubrir la aplicación del vapor á la navegación y eso sí que fué cosa buena. Por esta razón, entre otras, llamo sabios á todos los que libraron á la gran inteligencia de Fulton de la quimera submarina, que quimera no más era pretender resolver tan arduo problema con los medios entonces disponibles.

Luego, en 1821, aparece Johnson probando en el Támesis, y sin resultados, otro aparato de éstos que desde entonces dejaron tranquila á la humanidad hasta la aparición de los acorazados en que volvieron ellos á sacar la cabeza aunque también con escaso éxito. Durante la guerra del Slewig-Holstein (1851), probó uno en Kiel un oficial bávaro de artillería, el cual no hizo más que introducir la electricidad en la navegación submarina para incendiar los torpedos, por medio de una batería voltaica que desde el buque de su digno mando, del bávaro, llevaba una chispa eléctrica á la carga de aquéllos, que hasta él reventaban automáticamente, gracias á un aparato de relojería, ó por un choque.

El año 58 y siguientes, un abogado español muy distinguido, don Narciso Monturiol, inventó y perfeccionó el *ictíneo ó barco-pez*, como él le llamaba; hubo gran entusiasmo en el país, suscrición nacional, folletos en pro del invento y en contra del gobierno, que no lo protegía bastante según parece; toros y cañas hubo, pero lo cierto es que después de unas pruebas en extremo satisfactorias, verificadas en Barcelona y en Alicante, se enfrió el entusiasmo, se acabó el dinero y concluyó el ictíneo. Este es el primer submarino, entre los que han llegado á mi noticia,

OBRAS DE GUSTAVO EIFFEL



VIADUCTO DE GARABIT

BASE DE LA TORRE EIFFEL

que llevara, ó pretendiera llevar, artillería, y la disparara, ó lo pretendiera, debajo del agua.

Durante los cinco años próximamente, del 61 al 65, que duró la tremenda guerra separatista de los Estados Unidos, adquirió tal importancia el buque autosumergible, como la adquirieron todos los inventos destructores, que aquello rayó ya en el delirio submarino: allí hubo buques grandes volados y submarinos también volados, sorpresas y destrucciones de estos últimos; encargos de 20 *Strombolis* por los federales, que así llamaron á su tipo preferido, ante el éxito (más moral que material, justo es confesarlo), que obtenían los confederados con su modelo predilecto, llamado *David*. Se acabó aquella terrible campaña y también los submarinos, sin embargo de que los americanos siguieron y siguen construyendo acorazados y cruceros.

Y desde entonces acá continúa la tarea, en proyectos ó realidades, sin que los inventores de cada país se den un punto de descanso (aunque tampoco, hasta la fecha, den definitivamente en el clavo), probándose una vez más en qué proporciones tan consoladoras se va desarrollando la filantropía en este mundo hermoso, «como de Dios al fin obra maestra,» pues ningún inventor hace el arte por el arte ó por la ciencia; todos van á ver quién destreza más en menos tiempo. Los franceses con el *Plongeur* y el *Gymnote:* los ingleses con el *Resurgam*, el *Porpoise* y el *Nautilus*, de Campbell; los rusos con el *Alexandrofsk*, el *Bjevalsky*, el *Szevetzky* y .. basta de gárgaras; los americanos con el *Peacemaker* y los *Holland;* los suecos y los turcos con los distintos modelos *Nordenfelt;* los dinamarqueses con el *Howgaard;* nosotros con el *Peral*, el *Junquera* y el *Cabanyes* y *Bonet*, premiado con medalla de oro en la Exposición de Barcelona.

La forma general de estos buques es la de un cigarro, más ó menos cilíndrico y ahusado, con una cúpula provista de cristales, que se eleva en su segmento superior en el que puede asimismo ir estivado un bote que con facilidad quede listo para navegar. Los movimientos se han debido á paletas ó hélices horizontales, verticales y hasta universales ó de conexión variable; la dirección se ha obtenido con timones horizontales y verticales; la inmersión y la emersión se logran, además de con las hélices y timones horizontales, llenando ó vaciando á voluntad unos depósitos de agua que aumentan ó disminuyen, según el caso, el peso específico del buque haciendo el oficio de lastre; la respiración animal se puede verificar en el interior porque hay depósitos de oxígeno ó de aire natural, comprimidos á muchas atmósferas, que los van dejando salir, según las necesidades; mientras que ciertas sustancias absorben y neutralizan la atmósfera adulterada: puede también emplearse un tubo ventilador cuyos trozos, dispuestos como los de un telescopio, lleven su extremo hasta fuera del agua, si hace falta, aunque el buque esté sumergido; como agente motor han servido desde la fuerza muscular del hombre, como en los modelos de Bushnell, Fulton y Monturiol, el aire comprimido, el vapor de agua y otros, hasta la electricidad, que es la que hoy priva; la permanencia voluntaria, fija y horizontal del buque á una profundidad determinada se verifica aplicándole un mecanismo propio del torpedo automóvil, accionado y compensado automáticamente. Todo eso se ha conseguido ya con resultados bastante satisfactorios, pero que los tripulantes vean desde cierta profundidad pudiendo apreciar la distancia y lo que ven, esa friolerilla en la guerra, como quien dice, eso, no se ha conseguido aun ni parece fácil mientras las personas continúen usando ojos de persona. Y si algún caballero se atreve á decir más con menos palabras, que lo haga y yo le saludaré con el mayor respeto, porque aseguro que componer este párrafo colocando tanta cosa en él, me ha costado un trabajo atroz.

Soy el primero en admirar al hombre que consagra sus talentos y su actividad á determinar una fórmula que rompa, ó por lo menos quebrante, cualquiera de los infinitos obstáculos con que tropieza la humanidad al moverse dentro de su jaula, y en este sentido no cedo á nadie mi puesto en la vanguardia de los que aplauden al genio que por medio de la navegación submarina, hoy quizá posible ya con la electricidad, quiere abrir á las ciencias nuevos rumbos permitiéndoles llegar al fondo misterioso de los mares donde se esconden las soluciones de tantos interesantísimos problemas; pero desconfío del buque autosumer-



LA TORRE EIFFEL Y LOS MONUMENTOS MÁS ELEVADOS DEL MUNDO

Catedral de Colonia 159 m. — Catedral de Viena 138 m. — Casas de la avenida de la Opera 25 m. — La torre Eiffel 300 m. — Gran pirámide 140 m. — San Pedro de Roma 132 m. — Columna Vendome 45 m. — Catedral de Ruan 150 m. — Nuestra Señora de Paris 66 m. — Catedral de Estrasburgo 140 m. — Los Inválidos 105 m. — Arco de Triunfo de la Estrella 49 m. — El Panteón 83 m. — Columna de Julio 47 m. — Grande Opera 56 m



SALA DE ARMAS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

gible de guerra. Esta es la quinta esencia de mi artículo.

Cuando apareció el torpedo Whitehead, el arma más perfecta que hasta el día se ha inventado y algunos de cuyos ingeniosos mecanismos aprovechan los submarinos ahora, todo fueron esperanzas para los débiles y temores para los poderosos; hoy, á los diez años de haber volado el único buque que lo ha sido en guerra por el Whitehead, se ve que tan infundados eran los miedos como las arrogancias; el proyector eléctrico, el cañón de tiro rápido, la red Bullivant, además de los inconvenientes propios del torpedo, garantizan la seguridad del imponente acorazado y del crucero protegido, que siguen enseñoreándose de los mares. También contra el submarino, sobre los que en su misma naturaleza lleva, saldrán otros enemigos poderosos, y en París ha salido ya el caza submarinos de Point-du-Jour, que quizá lo inutilicen en sus efectos militares; pero si el torpedo que no sirve para volar buques no representa más que los despojos malogrados de una maravillosa concepción del genio, en cambio, al buque buceador perfecto, cuando aparezca, si se le cierran los caminos sangrientos de la guerra, siempre le quedará expedito el brillantísimo que conduce al lecho inmaculado del océano, en el que tantos descubrimientos duermen el sueño de Lázaro, y con su concurso podrá la humanidad elevar á la ciencia con perlas y corales un magnífico monumento sobre cuyo frontispicio resplandecerá perdurable el nombre que entre sus conciudadanos lleve el genio á quien se deba el portentoso invento de la NAVEGACIÓN SUBMARINA.

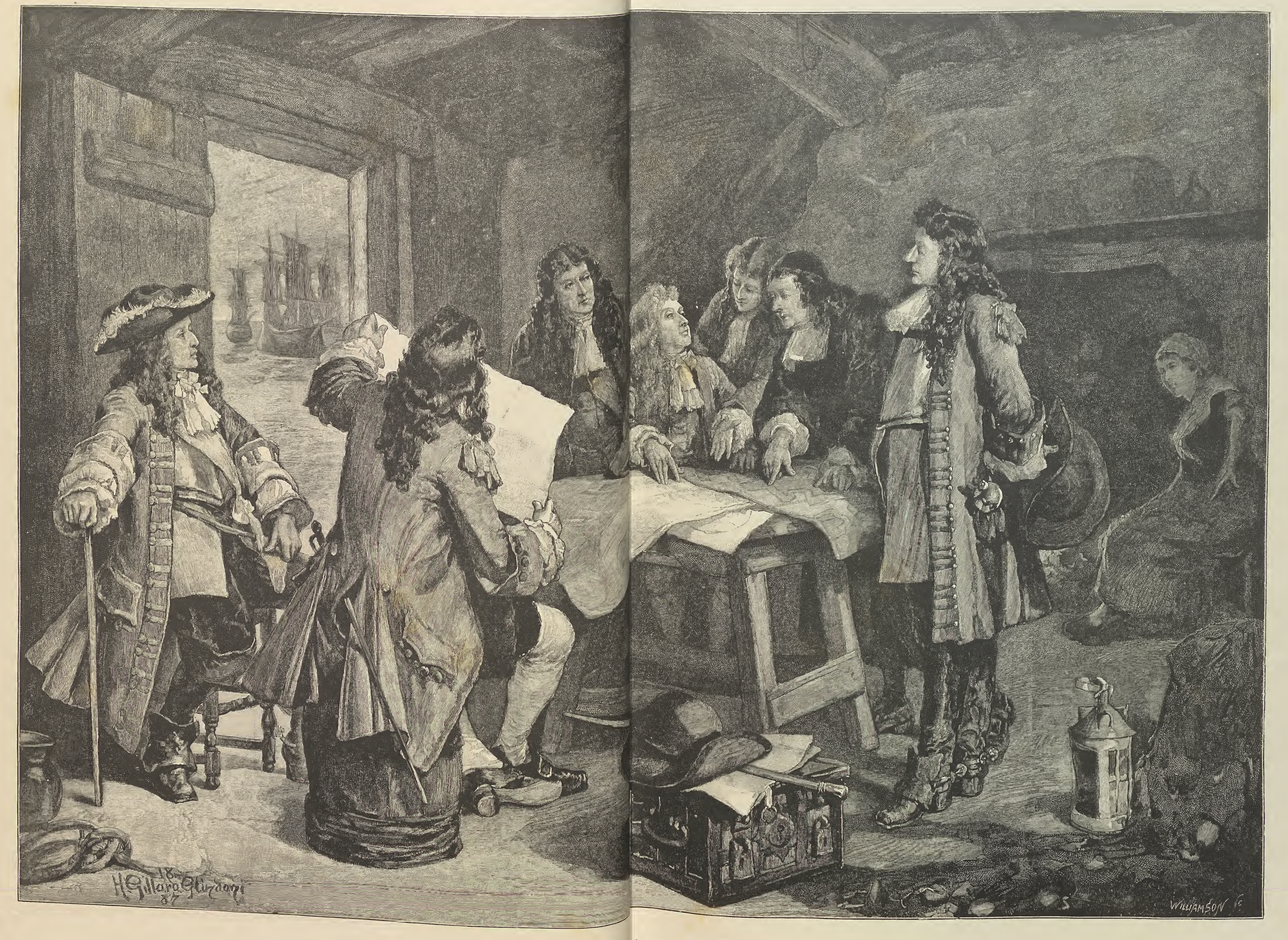
Federico Montaldo

Madrid y diciembre del 88



EL PASEO DE LA CONSULESA, cuadro de J. M. Bredt (Exposición artística de Munich)





UN CONSEJO DE GUERRA DESPUES DEL DESEMBARCO DEL PRÍNCIPE DE ORANGE, cuadro de H. Gillard Glindoni

EL JARDIN DE LOS RECUERDOS, cuadro de Davidson Knowles

LIPA Y CAPOTIN

ó HISTORIA DE DOS GRANUJAS

por D. Daniel Alzamora

¿Por qué la tierna y fraternal amistad de Lipa y Capotín, no ha de ser tan celebrada como la de Pílades y Orestes?

¡Paso á los desconocidos!

¡Atrás las figuras legendarias, por grandes que sean!

¡Abrid camino á los pequeños! Ya que en vida padecieron hambre de pan, démosles hoy que ya murieron un hartazgo de gloria.

¿Acaso los que pisaron la tierra con los pies desnudos y vacío el vientre no han de tener su historiador?

«Dejad á los niños que vengan á mí» – dijo Jesucristo.

Dejadme, – digo yo, – que vaya en busca de pequeños y así cumpliré el refrán de «Dios los cría y ellos se juntan».

Si Arriano fué el historiador de Alejandro, yo quiero ser el de Lipa y Capotín. Y no se crea que á ello me mueva, dada mi pequeñez, la insignificancia de mis héroes.

Un Tácito, un Plutarco, un Ovidio, un Herculano, debieron emborronar estas cuartillas que emborronando estoy y referir los grandes hechos de mis héroes; pero ya que aquéllos no pueden hacerlo, que á poder no se negaran á ello, hágolo yo, no sin pedir á sus espíritus que me inspiren, que dirijan mi pluma y pongan tiento en mis manos que bien lo necesitan, pues tiembla por acometer la gigantesca empresa de relatar la historia de dos pequeños.

Yo quisiera poder decir quiénes fueron los padres de Lipa, pero no puedo, por la razón sencilla de que ni el mismo Lipa lo sabía. Cuando era muy niño, una mujer le llevaba siempre colgado á las espaldas y le daba alternativamente, mendrugos de pan duro, golpes aun más duros y apretadísimos besos, de todo lo cual deducía Lipa que aquella debía ser su madre.

Cuando Lipa aprendió á andar, ayudó á su madre en el penoso trabajo de pedir limosna.

Con monótono sonsonete, corría tras de los transeuntes diciendo: *Senoito, teno hame, mucha hame, un ochavito que mi mae tamben tene mucha hame, y no teno pan; que Dios se lo pagará.*

Decía Lipa esta relación con voz gangosa, como se la había enseñado aquella mujer que le acompañaba, la cual creía, como todas las mendigas de oficio, que hablar con la nariz, es hablar con tono lastimero, y que se excita la caridad del prójimo exponiendo á un pobre niño á los rigores del frío en invierno y del calor en verano.

Lipa casi nunca sentía hambre; los mendrugos de pan sobraban siempre en un saco que llevaba colgado á la espalda, hasta el extremo de que en muchas ocasiones podía permitirse el lujo de ser caritativo, matando el hambre de algún perro callejero.

Para Lipa, pedir, recitando aquella larga relación, era un trabajo, como lo es para otros niños recitar la lección de gramática cuyo significado ignoran.

Tumbarse al sol en las aceras, irse á las orillas del Manzanares y hacer allí, con arena, soberbios puentes, ó abrir inmensos canales como un Lesseps en miniatura, era para él, placer de los dioses.

Revolcarse entre el fango, haciendo con la huella de su cuerpo un Cristo, como él decía, era delicia incomparable.

Jugar en invierno *á los botones*, y en verano *á los huesos de albaricoque*, emoción irresistible. ¡Ganar veinte huesos ú otros tantos botones! ¿Habrá ganancia mayor en la tierra? – se decía.

Por huir del trabajo, esto es, por negarse á pedir un ochavito, recibió en su cuerpo tal número de cardenales, que si por ochavos los hubiera cambiado, hubiera podido comprar todo un cesto de peones que cierto comerciante establecido en los arcos de la plaza Mayor vendía á los chicos ricos por la *fabulosa* cantidad de tres cuartos.

Un día, cuando ya contaba Lipa nueve años, estaba con aquella mujer que él sospechó fuera su madre, en una de las aceras de la calle de Toledo, á eso de las siete de la tarde. Por la mañana de aquel día, el mendiguillo, huyendo del trabajo, en un momento en que su madre se descuidó, metióse por entre unas callejas de los barrios bajos y corriendo como alma que lleva el diablo, fuese hacia la pradera del Corregidor y ¡vaya un día que pasó! ¡Qué hermoso sol hacía! ¡Cuánto se revolcó por la hierba!

¡Qué dulce siesta durmió, después de haberse comido casi todo un pan blando, unas sardinas, y haberse bebido un vasito de vino que le dió un señorito que en compañía de una damisela muy pintada, estaba almorzando en un ventorro!

– ¿Almorzará el rey todos los días así? – preguntó Lipa á un compañero suyo.

– Ya lo creo, – le contestó aquél; – ¡qué tonto eres! el rey come *toos* los días, callos y gallinejas, y queso manchego y merengues de los que vende en la calle de Atocha el tío Juan.

– ¡Embustero! no *pué* ser.

– ¡Te digo que sí! ¡Anda! con que me lo ha dicho á mí el tío Juan, que va *toos* los días á palacio y le vende muchas docenas, ciento ú milenta, si no sé cuántas.

– ¡Chico! si yo fuera rey, toos, pero toos, toos me los comería.

– Uy, pues si tú *sabieras* las cosas que cuenta el tío Juan. A mí *ma* dicho que el rey va siempre *vestío* de oro, y que tiene una cama *mu* alta de plata, y un caballo grande, de *verdá* pero de oro, y come lo que quiere y fuma unos puros largos pero *mu* largos, *asin*, – y el chico señaló sobre su brazo izquierdo haciendo un ademán no muy correcto, algo más de una cuarta.

– Quién pillara la colilla, – repuso Lipa.

– Algún día le he de pedir una al tío Juan, que no creas, allí en Palacio *tie* mucha mano y el rey le habla y son muy amigos.

– Ya lo creo, como le vende aquellos merengues tan ricos!

– ¿Tú los has *comío*?

– Sí, un día que fué un *senoritingolo á compale* uno y que se le cayó al suelo y *mia* el tonto no lo quiso coger y yo me lo comí.

Entregado á esta agradable conversación pasó Lipa aquel día, hasta que dieron las seis de la tarde, hora en que despacito emprendió la vuelta hacia la calle de Toledo, sitio en el cual sabía había de hallar á su madre, quien amargaría el final del día, propinándole algunos *molondrones* como ella decía.

No se equivocó Lipa, su madre ó lo que fuera le recibió con los consabidos *molondrones* acompañados de epítetos tales como: Pillo, tunante, granuja, ¿pero tú crees que yo he de *trabajar* toda la vida para que tú gandulees y comas?

– Pero si yo ya he *comío*, y á V. *ná* la pido.

– Pero es que no basta que tú comas, *arrastrao*, – y al decir esto levantó el brazo y pintóse en su rostro la ira, de manera tan amenazadora, que Lipa temiendo la caída, bajó la cabeza, encogió el cuerpo, y escabulléndose picó soleta, según su frase, y echó á correr hacia la acera de enfrente.

Seguíale la mujer, y tan dominada estaba por la ira, que no vió que un tranvía se le echaba encima, ni oyó el pito de aviso.

La lanza del coche derribó á la mujer, un terrible grito de espanto resonó en la calle.

Volvió la cabeza Lipa, vió lo que ocurría, y como un rayo arrojóse á los pies de los caballos y logró asir á su madre por la falda, tiró y tiró. Sintió un fuerte golpe en la pierna izquierda y ya no supo más.

El tranvía se había parado. La mujer había sido muerta por una rueda delantera, que le pasó por la cabeza.

Lipa tenía la pierna izquierda rota por haberlo pisado uno de los caballos.

Llevaron á la mujer al depósito de cadáveres y al niño á la casa de socorro y de allí al hospital general.

Cuando recobró el sentido, preguntó por su madre, le dijeron que estaba mala, pero que se pondría pronto buena.

Le preguntaron que cuál era su nombre y respondió: Lipa.

– Ese será tu apellido, pero ¿y tu nombre? le replicaron.

– José, – dijo, – pero *toos* me llaman Lipa.

– ¿Cómo se llama tu padre?

– ¿Mi padre? yo no tengo padre.

– ¿Es viuda tu madre?

– Yo qué sé, yo he estao siempre con la señá *Ulogia* pero no sé si es mi madre.

– ¿Y por qué lo dudas?

– Toma, pues porque yo la llamaba algunas veces madre, pero ella siempre me llamaba Lipa y nunca hijo.

Cuando ya estaba el niño convaleciente, supo la verdad de lo ocurrido y lloró por la señá Ulogia, y cosa rara, en su llanto decía:

– ¡Ay Dios! que ya no me dará más *molondrones*. – Parecía como sentirlo, y es que tan sólo esa prueba de cariño había recibido, y sólo eso podía echar de menos.

El director del hospital llegó á saber el abandono de aquel niño y dispuso que fuera conducido á un asilo de beneficencia.

Súpolo Lipa por una hermana de la Caridad, quien con vocecita melosa y acariciándole le dijo:

– No te apures, pobre hijo, ya no sufrirás más. Dentro de pocos días te llevarán al asilo y allí te educarán en el santo temor de Dios y dejarás de ser un salvajito como eres. ¡Hijo mío!

– Hijo de... – y aquí soltó Lipa una palabrota fuerte. – ¡Dios con la señá esta!... Yo no quiero ir á *dengún* asilo, que ya tengo uno y bien grande.

Pasó Lipa á la sala de convalecientes, y su idea constante era aquello de que iban á llevarle al asilo, en donde le sujetarían y mortificarían. Comenzó á imaginar un medio que le librara del peligro que le amenazaba y decidió aprovechar la primera ocasión que se le presentara y huir de aquella casa.

– *Manque toos* los días me dieran en el asilo el mismo caldo y la misma comida que aquí, yo no quiero ir al asilo. Pues poquito que me he *burlao* yo de los chicos que van en fila y como si *jueran* carneros, *toos vestíos* iguales, y con unas caras; ¡anda, anda! y que se mueran, yo quiero jugar, ir al río y á las ventas y reirme, y en fin, que no quiero, y que no quiero, y no he de ir; *¡pus* no *pueo* hacer lo que me da la gana? Antes la señá *Ulogia* podía mandarme, pero *agora naide* manda en mí, y al que me quiera llevar le pego una pedrada en la canilla, que *tié* que venir aquí como yo á cuiarse la pata.

No fué preciso que Lipa encojara á nadie, pues aprovechando un descuido de los dependientes del hospital, logró burlar su vigilancia y salir de aquella casa.

Cuando se vió Lipa en la calle de Atocha, sintió alegría mayor que la que debió sentir Colón cuando oyó el grito de «Tierra,» pero no se paró ni un instante para gozar de su triunfo. Corrió como un gamo, con tal velocidad que nadie hubiera dicho que dos meses antes entrara en el hospital con una pierna rota.

Sin volver la vista atrás llegó hasta la plaza de Oriente. Allí el cansancio le hizo detenerse, tomó aliento y comenzó á mirar con recelo hacia todas partes; se le imaginaba que tras de él iban todas las hermanitas de la Caridad, los practicantes con sus blusas negras ribeteadas de amarillo, aquel médico feo, feo, con una barba muy negra y con los ojos uno mirando á Dios y otro al diablo y todos ellos iban gritando: ¡Lipa, Lipa! ¡al asilo!

Vió á lo lejos un guardia de orden público de estúpida fisonomía que á él le pareció amenazadora y emprendió otra vez su rápida carrera hacia el campo del Moro.

Eran ya las ocho de la noche cuando el fugitivo llegó á aquel lugar que creyó seguro asilo. La confianza y cierto dolor que sintió en la pierna, le obligaron á detenerse.

Lanzó un prolongado suspiro y dejóse caer junto al tronco de un árbol.

La emoción y el cansancio le rindieron, cerráronse sus párpados y quedóse dormido.

Como generalmente acontece en la vida, que se confunden en inmensa balumba dolores y placeres, risas y lágrimas, tristezas y alegrías; amalgamáronse en su sueño, tristes recuerdos, horribles temores y dulces esperanzas. Soñó el pobre niño que volvía á la tierra su madre, con la cabeza destrozada, toda cubierta de sangre, despidiendo ira y venganza por los ojos, arrojando espuma por la boca y empuñando con su mano derecha, que colgaba del brazo sostenida por un colgajo de piel, una barra de hierro y con ella le maceraba las piernas y después los brazos y el cuerpo todo mientras le decía: ¡Por tí! ¡por tí!

Sintió Lipa agudísimo dolor, que se calmó de repente al ver una niña que sobre él vaciaba un delantal de color de rosa, en el cual llevaba merengues del tío Juan y el capazo de peones del comerciante de la plaza Mayor.

La niña sentóse á su lado, y con una manita chiquitina como de recién nacida, le alargó un peón y con vocecita de ángel le dijo: juega conmigo.

Ya estaba Lipa arrollando un cordel al peón, cuando de pronto el médico, la *señá* Ulogia, horriblemente desfigurada, las hermanas de la Caridad y los practicantes del hospital, formaron corro á su alrededor á gritar: ¡Al asilo! ¡al asilo!

Cuando despertó Lipa eran ya las nueve de la mañana. El cielo estaba nublado y triste. La primera sensación que experimentó, fué un vacío en el estómago, que ya muchas veces había sentido y cuyo nombre, hambre, no le era desconocido.

Ni aquella dolorosa sensación, ni la tristeza del cielo, llevaron á su espíritu la melancolía. ¡Era libre! ¡Ya no estaba en el hospital ni en el asilo!

Fué á incorporarse rápidamente, pero volvió á caer al suelo, lanzando un agudo quejido.

– ¡Dios! – dijo, – ¡si no me puedo mover! Será una mala postura, – pensó, – pero ya se pasará, ha *estao rompida* la pierna y se ha compuesto, con que... – Y con gran conformidad se sentó y apoyóse en el tronco del árbol junto al cual había dormido. Pero el dolor no se pasaba, antes al contrario, fué aumentando en intensidad, hasta tal punto, que hizo derramar lágrimas al pobre niño.

¡Qué tristes ideas ocurriéronsele entonces! Pensó que volvería al hospital y que ya no lograría escaparse. Quiso pedir socorro, pero pudo más en él el temor de perder la libertad que el dolor.

Tres largas horas pasó así. Cuando ya estaba decidido á pedir auxilio, vió á lo lejos un niño casi de su misma edad y tan harapiento, astroso y sucio como él, y fió más en aquel débil ser, que hubiera fiado en el rey á pasar por allí.

– ¡Chico! ¡chico! – gritó, – pero el otro ni siquiera volvió la cabeza.

– Oye tú, – repitió, – eh, *¿quiés* acercarte que no *pueo* andar?

– Pues cómprate muletas, – dijo el otro.

– Hombre, anda, acércate que no es *groma*.

– Te quiés *chunguear* de mí, pues si voy ahí te rompo una pata.

– ¿Otra vez quiés que se rompa? pues si no pueo andar porque ya la *i* tenía rota; acércate y si *quiés* pégame, que yo no te *i* de hacer *ná*.

Se acercó el llamado con aire fosco, pero pronto se pintó en su cara otro sentimiento.

Al cuarto de hora, charlaban los dos mendiguillos como si fueran amigos de antiguo. Lipa contando su historia olvidóse de su dolor y hasta del hambre que sentía.

De pronto cuando el nuevo conocido de Lipa estaba refiriendo una aventura que había tenido con un paleto á quien le pegó en el cogote con un perdigón despedido por una goma y reía á casquete quitado, dijo Lipa:

– Oye tú, ¿no *ties* un *peazo* de pan?

– Sí, hombre, y unas manzanas que *man dao* en la plaza de la *Cebá*. ¿Qué *ties* hambre?

– Como que no he comido desde ayer.

– Toma, hombre, toma, – dijo, alargándole un gran trozo de pan, no muy tierno, y una manzana, no muy sana.

Comió Lipa con hambre que envidiarían muchos de los que se alimentan con faisanes trufados.

Cuando hubo terminado su *comida*, dijo:

– Chico, tengo sed.

– Pues levántate y vamos á beber.

– Pero si es que no *pueo*, me duele mucho la pierna; como ayer corrí tanto.

(Continuará)

EL AFICIONADO Á LA PINTURA

Si por acaso se encuentran Vds. en alguna reunión de artistas, y observan un individuo, que con aire de suficiencia, escucha las opiniones que se emiten sobre puntos técnicos, sonriendo desdeñosamente siempre que no se trata de determinada escuela ó señalado maestro, en cuyo caso, se exalta y perora con entusiasmo, defendiendo á capa y espada cualquier artística aberración, no duden ustedes, aquel sujeto es un aficionado.

Es cierto que la intransigencia suele ser vicio común en el reino de las Bellas-Artes, pero es cualidad típica y obligada de los que por afición se dedican á embadurnar lienzos ó modelar figurillas, y que llevan hasta el exceso, su entusiasmo por el maestro que los inició en el camino del Arte, haciéndoles concebir las más lisonjeras esperanzas sobre los ruidosos triunfos que les aguardaban en el cultivo de la belleza. Es cosa de oir las hipérboles y metáforas con que intentan probar que los procedimientos de fulano son superiores á todos los conocidos, que nadie pinta el paisaje, el género ó las marinas, como él, y que sus obras se venden en París ó Nueva-York á precios fabulosos y nunca soñados, mientras los demás artistas no son más que unos pobres hombres, que viven de las migajas caídas de la mesa de aquel Epulón prodigioso, del cual se honra en ser discípulo, sintiendo sólo, *carecer de tiempo* para dedicarse por completo á la práctica del arte.

Esta falta de tiempo es otra nota característica de los aficionados *pur sang*. Los pobres andan siempre tan ocupados, que nunca les queda espacio para demostrar con el pincel las excelencias de las doctrinas que predican. Unos tienen que administrar su hacienda, otros han de acudir á la oficina, ó al despacho, y el que nada de eso tiene que hacer, las atenciones de la vida social, las visitas, el paseo y el teatro, le obligan á contentarse con hacer algo á ratos perdidos; por cierto más perdidos de lo que ellos se figuran.

A pesar de todo á poco que Vds. intimen con el sujeto atacado de la enfermedad de la afición, éste les invitará á visitar su *estudio*, que regularmente calificará de *provisional*, pues sólo alguno que otro consigue instalarse de un modo definitivo.

El estudio provisional, suele ser una habitación desprovista de todo género de condiciones y que además de servir de templo al arte, se utiliza para despacho ó comedor y gracias si no sirve de despensa ó cuarto de plancha. De aquí resulta el conjunto más pintoresco que se pueda desear, pues los trebejos artísticos yacen en confuso desorden, entre los muebles y los objetos de uso doméstico. Una manta de Palencia sujeta por dos tachuelas, intercepta en parte la luz del balcón ó la ventana; sobre una mesa figura una estampa sostenida por una pila de libros de agricultura, cirugía ó leyes; á un lado del caballete, la caja deja escapar sobre la estera, los colores y los pinceles, mientras un canasto con ovillos de algodón y agujas de hacer crochet, revelan la precipitada fuga, á que hubo de apelar la señora de la casa sorprendida por inesperada visita. Completan la decoración varios bocetos colgados de las paredes que el autor califica de *cosillas de poca importancia*, pues sus trabajos capitales los ha tenido que regalar á personas que se enamoraron de ellos.



EN LA VENTANA, cuadro de Domingo Morelli

Después de hacer admirar al visitante unos cuantos estudios copiados de Julien ó de Calame, ó lo que es peor de algun cromo, el aficionado, desvanecido con los elogios que son imprescindibles en semejantes casos, muestra una obra capital á medio pintar, hace algunos años, y que cubierta cuidadosamente con algún paño se ostenta en el caballete. Ante ella no tiene el visitante más remedio que echar el resto de las alabanzas y reincidir en el delito de augurar al autor, más gloria que la alcanzada por todos los maestros del Renacimiento.

– ¡Qué lástima, amigo mío! – exclama el curioso levantando la cabeza, entornando los ojos y frunciendo la boca. – ¡Grande lástima, que con unas facultades tan sobresalientes, esté V. malgastando su genio entre la prosa de expedientes! A hombres como V. debería el gobierno pensionarlos para que honrasen á la Nación. Cuidado que está bien este paisaje: ¡si parece de veras! ¡Hombre, y yo que no sabía que era V. todo un artista!

El estudio del aficionado que ha conseguido instalarse de un modo definitivo, tiene un aspecto en todo diferente del anterior, pues es de advertir que pertenece generalmente á persona que disfruta de lo que se llama buena posición. El local construído ad hoc goza de todas las luces y condiciones necesarias. Ricas alfombras, tapices, armas, telas, cerámica exótica, muebles raros y preciosos, etc. etc., forman un conjunto elegante y artístico. Los caballetes de varias formas y mecanismos, aparecen pulimentados y brillantes, y ni en ellos, ni en la caja, ni aun en la paleta se ve la menor mancha ni suciedad. Aquel estudio tan *chic* que huele tan bien, más parece *boudoir* de señorita, que sitio donde se trabaja y se lucha para materializar las ideas que brotan en la imaginación del artista. Y en efecto, ¿cómo armonizar aquellos jarrones, aquellos divanes y aquellas preciosidades delicadas, con el uso continuo del modelo, unas veces harapiento, otras sucio, y casi siempre grosero y poco cuidadoso? El inteligente comprende en seguida que allí sólo se rinde culto á la exterioridad artística, que allí se habla mucho de artes pero que se pinta muy poco, y que el propietario de tan bello local tiende más á imitar los estudios lujosos de algunos artistas extranjeros, que la práctica asidua y constante con que éstos llegaron á adquirir un nombre glorioso en el mundo artístico.

En fin, sea el estudio provisional ó definitivo, el aficionado, que no pasa de tal, huye siempre de la parte verdaderamente fundamental, que constituye la preocupación constante del verdadero artista. El antiguo y el natural seducen poco á estos pintores de generación espontánea, y es de admirar el sin número de tretas de que se valen para suplir aquellos conocimientos. Todos los métodos que el charlatanismo extranjero ha inventado para dibujar sin maestro, los aplican y ensayan con un entusiasmo digno de mejor causa. Desde la cámara oscura ó clara, hasta los calcos y recortes, todos los medios son buenos para dibujar lo que de otra suerte no sabrían ni siquiera contornar de un modo aceptable.

En estos últimos tiempos, algunos aficionados han creído ver logradas sus aspiraciones con la vulgarización de la fotografía, pero la manipulación de los clichés sólo les ha producido un nuevo desengaño, porque éstos no hacen más que reproducir el natural, y pudiendo ser un auxiliar excelente para el que sabe interpretarle, son de inutilidad absoluta para el que carece del estudio necesario para dibujar el modelo directamente.

Con estos elementos el aficionado gasta lienzo y color sin reparo, y si á pesar de todo, la obra no resulta aceptable, siempre hay un buen amigo artista, que así como quien no hace nada pone mano en el cuadro, y procura remediar la catástrofe, pintando el lienzo de nuevo á pretexto de hacer alguna corrección insignificante.

Y lo mejor del caso es que el beneficiado cree de buena fe que él, y sólo él, es el autor de la obra, sin tener en cuenta que no falta quien compara la factura y colorido del cuadro con otros anteriores y posteriores, y deduce consecuencias nada satisfactorias para el pretendido pintor.

Junto á estos tipos de aficionados prácticos de uno y otro sexo surge otra especie digna también de que le dediquemos algunos renglones; tal es el aficionado teórico, que jamás ha manejado un lápiz ni un pincel, que no ha pisado una vez siquiera las clases de una Academia, y que sin embargo, según dice él mismo «ha visto mucho,» con lo cual y sin más estudios le basta y sobra para hablar *ex catedra* de todo cuanto al arte se refiere, dando consejos, proporcionando asuntos y criticando cuanto sus ojos ven. Alguno de estos señores que conoce varios términos técnicos aprendidos en sus constantes é interminables visitas á los estudios de los amigos, aprovecha la oportunidad que le brinda alguna Exposición de Bellas Artes para escribir críticas que arden en un candil, y que si entre gentes ignorantes pueden lograr algún efecto, en la generalidad de los lectores producen una hilaridad que ciertamente no se propuso el temerario crítico.

A este propósito, recuerdo la broma y algazara con que se comentaban en el Ateneo de Madrid, pocos días después de la apertura de la última Exposición de Bellas Artes, los artículos críticos de cierto periódico importante, cuyo autor no vacilaba en hacer las comparaciones más inverosímiles y estupendas. Así por ejemplo á Sorolla, autor del *Entierro de Cristo*, obra vigorosa é inspirada, pintada con gran valentía y despreocupación, le encontraba semejanza con Quintín Metsys, pintor flamenco fundador de la escuela de Amberes, que vivió de 1466 á 1530, y á cuyas tablas de estilo gótico representando sencillísimos asuntos religiosos y más generalmente, avaros contando monedas, ni aun remotamente pueden por ningún concepto, encontrárseles semejanza con las obras del distinguido artista valenciano.

Otra comparación graciosa fué la de la *Visión del Coliseo*, el cuadro más grande y fantástico que había en el palacio del Hipódromo, con las obras del holandés Gerardo Dow (1613 y 1680), cuya prodigiosa finura de ejecución, hace notables sus cuadros de pequeño tamaño, figurando escenas de la vida doméstica de sus contemporáneos, como v. g. la tan conocida que atesora el Museo del Louvre, denominada la *Mujer hidrópica*.

Como para muestra basta un botón, y no pretendemos hacer por hoy una crítica de los críticos de Bellas-Artes, pasaré por alto otros muchos dislates, que han visto la luz pública en los últimos tiempos, y que coleccionados con oportunidad formarían un tomo de curioso entretenimiento.

La especialidad de la calificación de los cuadros antiguos es otro terreno que proporciona al aficionado teórico ancho campo donde desplegar su osadía y su inventiva. Conocedor únicamente de alguno de los grandes maestros que guarda nuestro riquísimo Museo del Prado, aplica sin reparo aquellos nombres venerables á cualquier copia ó mamarracho en quien él encuentra el estilo de tal ó cual escuela, y si por acaso llega á agotársele el repertorio, ó la obra es de aquellas de difícil calificación, aun para los más peritos, siempre tiene á mano á un Juan de Flandes, un Pietro Veneciano ó un José García López con el cual se sale de apuros y deja al cándido coleccionista, más satisfecho que el director de la *National Gallery* de Londres después de adquirir un Ribera ó Pablo Veronés. Ello sí suele suceder luego que un artista inteligente destruye sin piedad todas aquellas ilusiones, pero ¿qué importa? el propietario de la decantada obra maestra se obstina en la primera calificación, atribuyendo la otra á móviles nada generosos y sigue abusando de la credulidad de los que visitan su modesta pinacoteca, que andando el tiempo, viene á naufragar y dispersarse en los abismos procelosos del Rastro ú otro baratillo por el estilo.

PUENTE METÁLICO EN CONSTRUCCIÓN EN EL GOLFO DE FORTH (ESCOCIA)

ESTRIBO PRINCIPAL DEL PUENTE DE FORTH

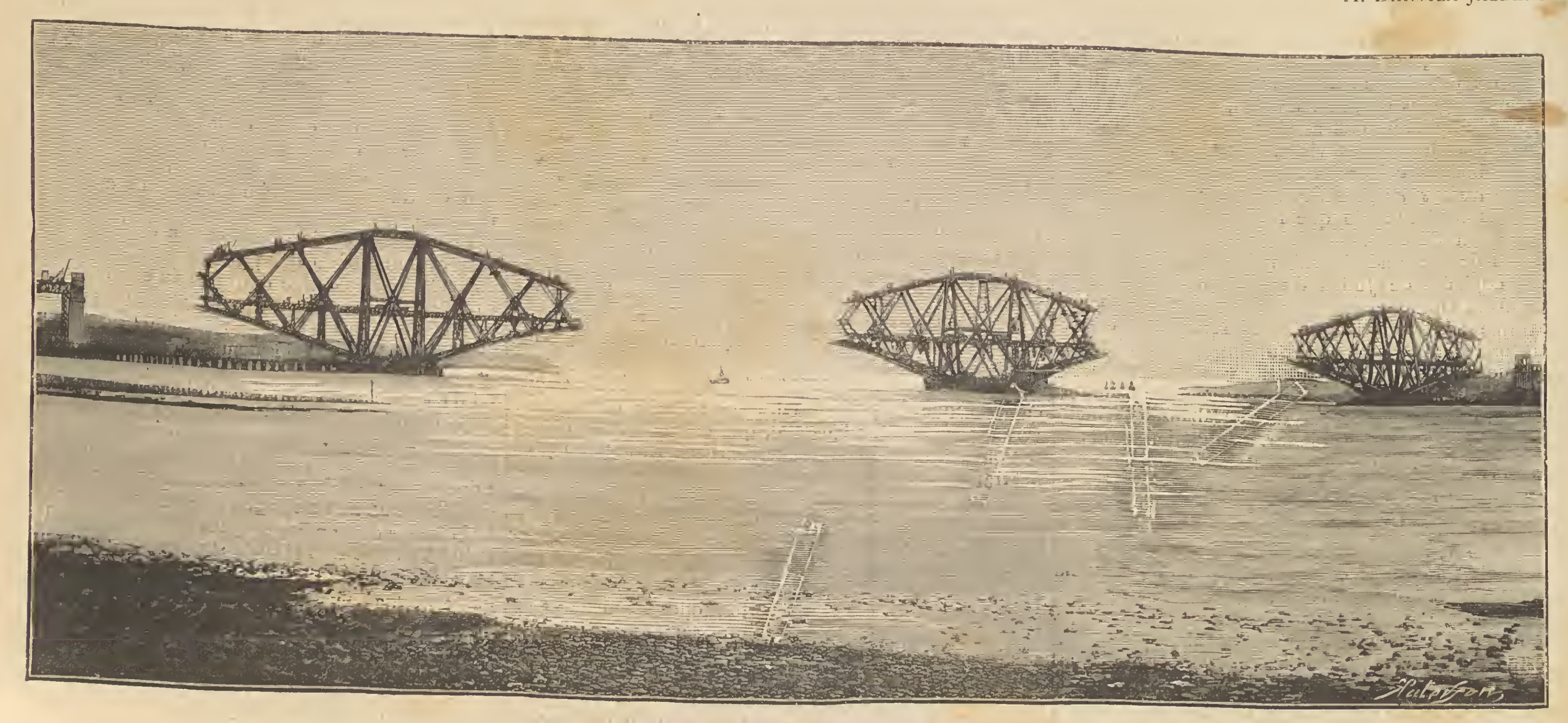
Mucho pudiera decir aún sobre los aficionados á la pintura, tanto teóricos como prácticos, y también sobre las *aficionadas*, pero el temor de cansar á mis lectores me obliga á dar por terminado este asunto.

No debo sin embargo dejar la pluma sin declarar que mis apreciaciones más ó menos sangrientas sobre los aficionados á la pintura, en manera alguna se refieren á aquellos que sintiendo palpitar en su alma el amor á lo bello y comprendiendo la verdad de aquel adagio latino que dice *Ars longa, vita brevis*, trabajan con ardor y entusiasmo en adquirir la práctica necesaria para traducir gráficamente las ideas que les sugiere su talento ó su genio. Con ellos no reza este artículo, porque después de todo no son aficionados, son artistas más ó menos adelantados, que marchan por buen camino y que cuando llega el momento oportuno saben y pueden presentarse en un concurso y figurar entre los artistas de profesión que los acogen como á unos hermanos, no como advenedizos ridículos que quieren llegar al pináculo del arte sin molestarse en subir la espinosa y difícil senda que á él conduce.

A éstos se refería el discreto autor de la revista cómica de la Sección de Bellas Artes en la última Exposición Regional Valenciana publicada en el periódico *El Palleter* al decir con sumo donaire en el gracioso dialecto lemosín:

> Cuant ú fá un mamarrachet,
> Sol quedar molt satisfet,
> Diént: soc afisionat.
> El pecat sempre es pecat
> Y á pecar ningú te dret.

A. DANVILA JALDERO.



VISTA DEL PUENTE POR SU LADO ORIENTAL

BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN